

El genio poético de la mujer latina

Tal como hoy se manifiesta, el genio poético de la mujer latina resultará infructuoso.

Así lo demuestra, por lo menos, la orientación tenaz y visiblemente sensualista que ella imprime a sus concepciones líricas, las cuales, por la misma materialidad de sus alas, se revelan impotentes para alcanzar el dominio de las alturas magistrales.

En efecto: sea por falta de antecedente atávico, sea por carencia de substancia apta, lo cierto es que la potencia creadora de la mujer poeta desconoce ese aliento sobrehumano que suele elevar la concepción del hombre a regiones desusadas e inaccesibles para el común de los seres; lo cierto es que las creaciones femeninas no poseen esa misteriosa reviviscencia que suele hacer imperecedera la palabra, único y precioso don capaz de justificar la bella pretensión que supone semejanza inefable entre el ser inmortal y el ser efímero.

Sin embargo, no es esa diferencia substancial la que debe someterse a juicio, por ahora; ella, con ser importante, puede reputarse prematura, desde que la evolución del intelecto femenino es muy reciente tanto en la parte occidental de Europa, como en toda la América latina. La diferencia que corresponde examinarse es, pues, la que constituye el estro poético de la mujer como calidad, no como esencia; como forma, no como fondo.

Vista así, y en tesis general, es preciso convenir, que la producción poética femenina se nos presenta como expresión determinante de un sensualismo enfermizo, generado, en primer término, por el influjo directo del instinto sexual, al cual aparecen supeditados todos los movimientos psíquicos del su-

jeto creador: sentimientos, ideas y voliciones; producido, en segundo término, por una estructura mental rudimentaria, no depurada aun por el buril de una ilustración estética antigua y persistente. Es que ese sensualismo excesivo — verdadero delirio erótico — que viene a ser como el rasgo sobresaliente de la intelectualidad del bello sexo, demuestra de un modo claro que, como todas las manifestaciones incipientes, su capacidad de concepción mental es aún primitiva y que, por tanto, su visión ideológica no domina más espacio que el que abarca la mirada. Vé, pero sólo lo que tiene cerca; no presente, no *adivina* todavía. Henchido el cerebro de imágenes inmediatas, considera que el contenido del Universo se reduce al contenido de su cerebro y, como es natural, canta lo primero que tiene al alcance de su inspiración naciente.

Por su condición de tal, la mujer vive, desde hace muchos siglos, con la preocupación absoluta de su belleza física, y todos sus pensamientos, todos sus afanes y todos sus cuidados, se han contraído a defender esa belleza de los agravios de la edad, inexorable y único enemigo que logra aterrarla. De ahí entonces, que el hermoso cuerpo, la blanca carne, la delicada forma, hayan producido en su cerebro la germinación constante de ideas correspondientes a tales imágenes; de ahí entonces, que las funciones intelectuales de la mujer hayan respondido, primordialmente, a las funciones fisiológicas de su arquitectura externa, pues, como consecuencia inevitable, la preocupación del cuerpo, le impuso la preocupación de su destino. La visión del órgano infunde inmediatamente la idea de sus funciones.

Hay que admitir, por consiguiente, que el ejercicio mental de la mujer, por lo mismo que es de iniciación reciente, se desarrolla dentro de límites muy estrechos; y que — si bien hay poderosas razones para explicarlo — resulta muy deficiente todavía.

Pero, desgraciadamente, esto no es todo. Las causas expuestas podrán constituir la exégesis del fenómeno psíquico; mas no justifican el hecho moral o, por lo menos, artístico, que es el que importa.

A pesar de haber sido, como se ha dicho, su preocupación atávica, la deliciosa materia de que está formada, ella, a su vez, es, desde épocas remotas, objeto de una educación cuidadosa, sujeto constante de delicado trato y causa y origen de inúmeros deliquios, bríos y garbos espirituales. Servida, pues, por esta enseñanza, bien pudo aligerar las alas de su pensamiento, afinar sus sensaciones y enaltecer sus ideales. Puesta a refinarse físicamente desde su generación originaria, bien pudo, como de cuerpo, ser femenina de espíritu y poner, sobre los estremecimientos de la carne, las emociones del alma.

Superfluo sería explicar el motivo que hace preferir una cosa a otra, pues ello significaría tanto como ponerse a demostrar que un palacio es mejor que una choza, que es más aventajado asunto para el verso una flor que un brote, una estrella que un diamante... Pero en esto no puede haber duda alguna: porque lo eterno vale más que lo transitorio, los hombres hicieron inmortales a los dioses.

Con todo, ella ha adoptado siempre el criterio opuesto, ha preferido lo efímero a lo imperecedero.

II

El arte lo embellece todo; pero todo no sirve para ser embellecido por el arte. Debe haber, entonces, en el artista, una facultad de selección infalible, desarrollada y perfecta, dentro de la relatividad de las cosas humanas. Y, cuanto más poderosa sea esta facultad, más firme será la base de la concepción poética.

Pero este don, que es privilegio de pocos, tampoco es frecuente en la poetisa moderna. Ésta, al escoger sus temas, trata, a menudo, asuntos de mal gusto o asuntos inferiores a otros que, por la naturaleza misma que los constituye, darían más nobles acentos a su lira y más vuelo a su imaginación creadora. Porque, está bien, por ejemplo, que la mujer que canta llame y desee al hombre, así como el hombre llama y desea a la mujer que sueña; más no puede negarse que la invocación es in-

ferior en mérito cuando apenas logra disimular que su único fin es la satisfacción de un afán inconfesable — casi siempre confesado... — o de una donación caprichosa que quiere hacerse.

Si para la poetisa el hombre no es más que un mero instrumento de placer, preciso es convenir en que no le retribuye los sentimientos con que él la invoca en sus inspiraciones. El poeta — idealizado o no — ve siempre, en el objeto amado, en primer lugar, un ser espiritual en el cual la belleza física no es más que un precioso complemento, — tanto, que el no tenerla, suele ser excusado a la mujer cuando, naturalmente, ella interesa. Es que, para el hombre, lo primero que satisface la mujer son las necesidades del espíritu; las otras, las que son su consecuencia y que tienen también su positivo mérito — nuestra existencia lo prueba — adquieren su especial belleza, cuando nacen de las anteriores. Empero, ante ellas, el pudor de la mujer y la dignidad del hombre, suelen correr un velo que sólo descorre, a veces la inconsciencia, a veces la depravación y, casi siempre, la estupidez humana.

La condesa Mathieu de Noailles, en su composición “Silencio en verano”, toca este punto con verdadera delicadeza; es justo confesarlo. En cambio, otra dama, Lucie Delarue-Mardrus, no tiene reparo en describirnos en su “Negativa” un fenómeno fisiológico periódico cuya aparición está muy lejos de agradar a la vista, por más que sea natural e inevitable... La pretensión de trascendencia filosófica que deja traslucir esta “negativa”, no alcanza, por otra parte, a justificar la descripción indicada. Si a la concepción poética era indispensable la referencia, hubiera bastado la simple alusión al fenómeno. Pero esto es cuestión de gusto y ya hemos dicho que tal gracia es privilegio extraordinario, según lo demuestra la circunstancia de que grandes escritores, carecen de ella a menudo.

La cita de modelos reprobables — muy abundante en América — es preferible omitirla; y la anterior sólo debe admitirse a título informativo.

Es, pues, evidente que la selección de los temas importa notablemente al progreso intelectual de la mujer poeta y que, para lograrlo, ésta debe contemplar un poco más su contenido y no olvidar que, de la persona humana, sólo el espíritu es el que vuela...

El profundo y elegante Guyau — a quien Rodó elogia llamándolo “rey de las comparaciones hermosas” — dice que para que el arte llegue a ser eterno debe huirse de la inmoralidad. Y es inmoral todo lo que va contra el orden natural de la vida. “Un arte que despierta — añade — sentimientos demasiado groseros y positivos, puede decirse que nos rebaja en la evolución de los seres y nos hace vivir y simpatizar con tipos destinados a desaparecer y que son como supervivencias de las edades primitivas”.

Por eso, este legislador del buen gusto, al formular una de sus leyes estéticas, afirma que lo bello estimula nuestra vida bajo tres formas simultáneas: sensibilidad, inteligencia y voluntad, de tal modo que un placer que fuera meramente sensual y careciese de la resonancia que debe producir en el ser entero, esto es, de la combinación armoniosa con las demás facultades psíquicas del individuo, carecería forzosamente de belleza.

Y esto es, precisamente, lo que ocurre con la inspiración femenina, en la cual no vibra más que una sola cuerda.

III

Es curioso observar que mientras el hombre concibe a la mujer, cuando la admira — y sólo así la admira, — dotada de los preciosos atributos de la inocencia, la honestidad y la medida, ella se empeña, cuando tiene ocasión de revelarse, en exhibir calidades de todo punto opuestas a las que la hacen espiritualmente apetecible. El poeta, sobre todo el poeta de genio, sólo ve en ella sentimientos delicados, timideces exquisitas, ideas candorosas y piensa que si sus palabras tienen la oportunidad de reflejar las afecciones de su alma, esas palabras serán tesoros melodiosos de purísimas revelaciones. Jamás podrían ad-

mitir que de tan deliciosos labios broten, en vez de la música de la ternura, el rugido del deseo; en vez de la melodía del amor, el alarido de la lujuria.

El Dante, por ejemplo, concibió así a su Beatriz, y la honestidad fué la primera virtud que descubrió en ella.

“Tanto gentile e tanto onesta pare
la donna mia”...

Sin embargo, a juzgar por la orientación poética de la mujer latina, es de suponer que si Beatriz hubiese hablado en verso, ni le hubiera parecido tan honesta, ni le hubiera dado el gigantesto aliento que le llevó a la inmortalidad de un solo impulso. Por su parte Bécquer, ese soñador inveterado y el lírico español más grande del siglo XIX, pintó como nadie la mujer ideal en aquellos preciosos decasílabos que hubieran bastado por sí solos a consagrar su nombre: “Yo soy un sueño, un imposible”...

Como es lógico, para la mujer, el hombre no puede ofrecer las mismas cualidades que ella; pero, en cambio, tiene otras cuya contemplación podría ser producto de una poesía verdaderamente original y nueva.

Así, por ejemplo, si la mujer, en lugar de preocuparse tan exageradamente de la robustez del contorno masculino o de la energía de sus músculos, se preocupase con más detención y profundidad del pundonor caballeresco, de la arrogancia varonil, del atrevimiento guerrero, de la inspiración genial o de la conducta hidalga, rasgos todos comunes al hombre, llegaría, sin duda, a hacernos conocer interesantes revelaciones sobre la manera que tiene aquél de influir en ella y de determinarla a obrar en el peligroso campo de las contiendas espirituales.

En una palabra, nos haría saber de un modo definitivo qué es el hombre, en su sentir, como complemento físico y moral del bello sexo.

IV

Al referirnos a la poetisa latina en general — la excepción, que la hay, y muy estimable, no establece regla — hemos hecho de intento, una distinción para considerar por separado y como ejemplo digno y edificante, a la poetisa de Oriente.

La condición intelectual eminentemente femenina de esta mujer, es la que, felizmente, nos viene a demostrar que si la nuestra no ha evolucionado todavía, es susceptible de alcanzar un perfeccionamiento moral extraordinario.

La mujer de Oriente, y en especial la japonesa, se ha dedicado al cultivo de la poesía con una vocación tan poderosa, que ha logrado escalar las más elevadas cumbres del Parnaso.

La razón es obvia: más femenina que hembra, volcó en sus cantares las emociones experimentadas ante el prodigio de la Naturaleza y, por tanto, en vez de obedecer a un estímulo parcial como su hermana de Occidente, cedió al influjo de todas las causas que determinaron su modo de querer, impresionarse y obrar, buscando en el espíritu la resultante final del juego de esas causas, resultante que fué y será siempre el sentimiento humano en todos sus aspectos interesantes, en todas sus manifestaciones escogidas.

Claro es que la poesía femenina floreció mejor donde la mujer se consagró de más antiguo a ella y que esta circunstancia le da una enorme ventaja, como manifestación artística, sobre la que fué, en otros países, producto relativamente nuevo. A mayor ejercicio, corresponde, naturalmente, mayor desarrollo, y es lógico pues, — y en esto se cumple la afirmación de Ameghino — que la poetisa moderna, haya recogido en forma de instinto el valioso caudal de experiencia que le fué transmitido paulatinamente, con el hábito de pensar, por la generación iniciadora.

Mejor que en cualquier otra parte, en el Japón — donde el número de poetisas excede al de poetas, según lo hace notar la excelente orientalista Carmela Eulate Sanjurjo — conviene estudiar la causa del fenómeno, el cual se debe al hecho de que

en ese país, si los hombres no creen como Pascal que entre el oficio de poeta y el de bordador no existe diferencia, miraron siempre a la poesía como actividad demasiado delicada para ellos y juzgaron que su práctica serviría mejor para adorno femenino, como el canto o como la música. De esta manera se explica cómo pudo llegar la poesía, en manos de la mujer, a ser expresión de la idealidad más acabada.

Empero, esto no quiere decir que los hombres no se consagraran a las musas. Al contrario; puede afirmarse que, cuando lo hicieron, las vibraciones de su lira no fueron nunca superadas. Así lo prueban los nombres de Akafito e Hito-Maró entre los antiguos, y los de Shiwoi Uko y Fuku-Shima entre los modernos.

Hecha esta salvedad, puede añadirse que la lírica femenina, dotada de una finura de concepción y una delicadeza de ejecución que hace etéreo el pensamiento y casi impalpable la forma, ofrece modelos realmente admirables y revela, en sus creadoras, la posesión de facultades extraordinarias. En cada composición, en cada estrofa, en cada verso, surge siempre, nítida y serena, la vibración inconfundible del alma humana, honda, unas veces, como los mares sin fondo; elevada, otras, como las cimas eternas.

Y todo es familiar a su inspiración radiosa, la cual, ora se presente en forma objetiva ora lo haga en forma subjetiva, siempre encuentra, dócil al conjuro, la imagen exacta o la expresión fidelísima. Pero, esta finura de percepción y esta facultad de reproducir, se debe, en mucho, a que la poetisa japonesa posee una inmensa cultura y tiene a su alcance los medios de perfeccionarse, pues, por lo general, pertenece a los más destacados círculos sociales. Así es común que sea dama de corte, princesa y aún soberana.

En el siglo X brilló, por ejemplo, como astro de primera magnitud, la célebre Murasaki Sikibu, que fué dama de honor de la emperatriz nipona; y, en nuestros días, se destacó sobre todas la exquisita y, a menudo, profunda Haruco, emperatriz

viuda, cuyo númen poético ha enriquecido notablemente la lírica de Oriente.

Como se ve, pues, la depuración espiritual de la mujer asiática, es un hecho innegable y esta depuración agregada a la antigüedad del ejercicio — causa primordial, según dijimos — explica la finura de su sensibilidad y la elevación de sus ideas.

Su erotismo, tiene ya la clarividencia necesaria para no confundirse con ese clamor dionisiaco que participa de toda la imperfección propia de la materia corruptible que lo engendra, y por eso infunde en su ánimo, no ese afán efímero del hambre que se sacia con el torpe aunque necesario alimento, sino esa aspiración suprema que sólo puede satisfacer la eternidad, como ocurre en estos preciosos versos que transcribe la escritora citada y que pertenecen a la poetisa Irzumi Sikibu, la cual los intitula “Un último deseo”:

Quando vaya a partir, y de la muerte
sienta la mano fuerte
asirme en la agonía,
¡yo quiero verte!
¡Y llevar, con la última mirada,
tu forma bien grabada
en la pupila mía!

Y bien: sobre todas las cosas, la poesía constituye el reflejo supremo del espíritu humano y es por su intermedio que logramos extraer toda la belleza que llevamos dentro.

La calidad de nuestras inspiraciones tiene y revela siempre la calidad de nuestros sentimientos; y, supuesta la sinceridad inevitable para la creación de la obra meritoria, puede tenerse por cierto que la persona que escribe, se confiesa. Sostener lo contrario es como sostener que donde se afirma una cosa debe entenderse otra, lo cual es absurdo.

De ahí pues, que las confesiones que importa la producción poética de la mujer contemporánea, en general, constituyan la revelación de meditaciones muy rudimentarias que, como dice el autor francés citado, aparecen como supervivencias de las edades primitivas, ajenas, añadiremos nosotros, al gra-

do de perfeccionamiento de la mujer presente, a la cual tiempo hace ya que el hombre redimió de su condición de esclava y enseñó a sentir, a querer y a obrar como a reina, como a soberana.

En conclusión, para que el genio poético de la mujer latina se salve de un aborto inevitable y dé los magníficos y perfumados frutos que produce el genio poético de la mujer asiática — inferior a ella en muchos sentidos — es preciso que perfeccione su sensibilidad y adquiera, en substitución del hábito de admirarse como cuerpo, el de estimarse como persona.

Y sólo entonces sabrá cantar, en versos inmanentes, ese sublime sentimiento con cuya mención cierra el inmortal Alighieri, como con llave áurea, las puertas del Paraíso: L' amor, che muove il sole e l' altre stelle...

Ernesto Marsili.